

# DISCURSO DE INAUGURACION AÑO ACADEMICO PUCP

80 ANIVERSARIO 1997

Doctor Salomón Lerner Febres  
Rector  
31 marzo 1997

Eminentísimo Cardenal Augusto Vargas Alzamora, Arzobispo de Lima,  
Primado del Perú y Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica  
del Perú,

Su Excelencia Monseñor Fortunato Baldelli, Nuncio Apostólico de Su  
Santidad Juan Pablo II,

Excelentísimos Señores Obispos Representantes de la Conferencia  
Episcopal,

Señoras y Señores miembros del Cuerpo Diplomático acreditado en el  
Perú,

Señoras y Señores Autoridades, Representantes y Funcionarios de los  
Organismos del Estado,

~~Señoras Rectoras~~ y Señores Rectores de Universidades amigas,

Antiguos Rectores de la Pontificia Universidad Católica del Perú,

Señoras y Señores Decanos y Jefes de Departamento de la  
Universidad,

Colegas miembros del Claustro,

Alumnas, alumnos, ex-alumnas y ex-alumnos de la Universidad,

Colegas del personal administrativo,

Señoras y señores:

\*

\* \*

El tiempo, que es lineal y avanza por tanto distanciándose de sí mismo, pareciera volverse circular en estas ceremonias de inicio del año académico; ritual significativo en la vida universitaria. Y si el tiempo parece otra vez empezar, es porque la institución afirma su esencia más propia incorporando dentro de sí la permanente renovación. Pocos meses atrás hemos despedido a quienes culminaron sus estudios. Algunos días hace que celebramos la incorporación de quienes por su esfuerzo y capacidad son, a partir de este año, nuestros nuevos alumnos: mentes jóvenes que han acudido a nuestros claustros para formarse y adquirir una profesión, y que reponen a las aulas la porción de vida de quienes cumplieron su ciclo estudiantil y se incorporaron a la vida de la sociedad con el bagaje que la Universidad les dio en estos

años en que fueron parte vital de ella. Han acudido nuevas personas a nuestras aulas, y con ellas la vida universitaria continúa, se cierra un ciclo e inicia otro. Los momentos son distintos, los actores y la misión permanecen inalterables.

No es solo el ingreso de nuevas generaciones de estudiantes lo que constituye este rito inicial de la universidad. También jóvenes y prometedores profesores --en su casi totalidad antiguos alumnos nuestros-- se han incorporado a la docencia, cubriendo crecientes requerimientos o respondiendo a una necesaria ley de renovación. Representan ellos personas que se insertan en el cauce institucional para, en hermosa dialéctica, madurar con la experiencia acumulada de los viejos maestros, al tiempo que entregan su espíritu crítico, su inteligencia inquisitiva y su indeclinable entusiasmo al claustro que los formó. El inicio del año académico suele ser también ocasión propicia para señalar cómo la institución, en el año transcurrido, pudo en efecto cumplir con las metas trazadas para ese período, reflejando su fidelidad a los principios que la sustentan cuando ellos se ven enfrentados a los permanentes desafíos que nacen de su concreta inserción en la historia y sus coyunturas. Como no está en mi intención abrumarlos con una

detallada exposición del cumplimiento de metas y objetivos, bastará en la circunstancia señalar que, durante 1996, nuestra permanente preocupación por el desarrollo de la universidad se tradujo en lo *académico*: en la creación y funcionamiento de nuevos Diplomas y Maestrías, la revisión y consecuente modificación de los planes de estudio de numerosas especialidades, buscando en lo posible dar cada vez mayor cabida a la formación interdisciplinar, en la intensificación de nuestro apoyo al perfeccionamiento de nuestros docentes, buscando que un número cada vez más significativo realice estudios de postgrado; brindándoles además la posibilidad de mejorar sus habilidades pedagógicas a través de cursillos y seminarios que trabajan en el diseño y aplicación de nuevas tecnologías para hacer más pleno y eficiente el proceso de enseñanza-aprendizaje. En la organización de cursos de actualización y capacitación profesional de quienes hace algún tiempo egresaron de nuestras aulas, recurriendo en variadas ocasiones a la modalidad de Educación a Distancia.

En lo que concierne a la tarea de *investigación*, signo distintivo de una auténtica universidad, se amplió el apoyo que, desde antiguo, acordamos a nuestros académicos. Se han reforzado los centros e

institutos que existían y se han creado nuevos. Procurando que la investigación tenga un amplio espectro, se la ha planteado pluridisciplinar y en asociación con académicos de otras universidades muy prestigiadas del extranjero. De otra parte, se ha buscado integrar de modo creciente a los propios alumnos tanto del pre-grado como del post-grado en la realización de investigaciones, convencidos de que éstas son fundamentales para su más plena formación. Entendiendo que la investigación no pasa de buenos deseos si no se cuenta con los instrumentos que la hagan viable, se han renovado equipos y laboratorios dotando a la universidad de los elementos más modernos. Asimismo, hemos incrementado significativamente nuestros fondos bibliográficos, en especial en el terreno de las humanidades y más precisamente en el tema de la historia peruana republicana.

La *Proyección Social* como dimensión muy importante de la vida universitaria no ha sido descuidada, y en tal sentido hemos avanzado sustancialmente, entre otros, en dos proyectos de gran envergadura: el del Centro Piloto de Desarrollo Comunal en Maranga, y el de la Niñez Abandonada.

En el terreno administrativo se ha comenzado a ejecutar una reforma progresiva y sistemática de nuestra estructura y procedimientos y para ello contamos con la asesoría de una organización especializada y muy competente quien nos ayudará en la configuración de una programación racional y fundada de nuestras actividades en este dominio.

Sobre la vida *económica y financiera* de la universidad, ella sigue una política clara en la que la meta a alcanzar es la de no sólo conservar una estructura sólida en este campo, sino también obtener, a través de atinadas inversiones, los recursos materiales que nos permitan crecer en la extensión y calidad de nuestros servicios.

Nuestra casa guarda fraterna relación con otras universidades del país. Resultado de una especial afinidad en este tema ha sido la creación de un Consorcio en el cual nos hemos asociado con nuestros pares: la Universidad Peruana Cayetano Heredia, la Universidad del Pacífico y la Universidad de Lima. Nos vincula a todos un cierto modo de entender lo que es la universidad --y así lo hemos hecho público-- además de la conciencia de que en muchos aspectos de la vida

académica debemos establecer un espacio común en el que, buscando el bien del país, podamos juntos entregar bastante más de lo que resultaría de esfuerzos aislados. Hay ya varios proyectos que estamos desarrollando y son muy ricas las posibilidades de un trabajo eficaz y armónico en el futuro.

En esta mirada de sobrevuelo, no podemos dejar de mencionar el tema de *la cultura*. En este ámbito la universidad, a través de una política definida de compromiso con las altas manifestaciones del espíritu, ha promovido de manera intensa y ordenada variadas actividades, todas ellas de gran calidad, tanto dentro de nuestro campus como en el entorno, especialmente a través de su Centro Cultural. Esta conducta se mantendrá y enriquecerá. Hay muchos otros asuntos a los cuales podría referirme. Deseo, para no agobiarlos, mencionar tan sólo el tema del *ingreso*; sobre él baste decir que, si bien somos conscientes de la calidad, honestidad y pertinencia de nuestra prueba de selección, no nos sentimos por ello eximidos de revisarla y perfeccionarla constantemente. En tal sentido, seguiremos explorando los mejores sistemas de selección de los postulantes que acuden a nosotros buscando que ingresen a nuestras aulas los jóvenes más

capaces dentro de un balance adecuado en la composición socioeconómica de nuestro alumnado y guiados siempre por los principios de justicia y solidaridad que desde siempre hemos profesado, sin caer en el fácil expediente de levantar falsas expectativas entre los estudiantes de los últimos años de secundaria.

Dicho lo anterior, regresemos a esta ceremonia que tiene la importancia de evocar el acto fundador. Aquí, en la Universidad Católica, las actividades académicas de cada año tienen, como todos sabemos, una característica especial, pues se inician, desde nuestro origen con una invocación al Espíritu Santo para que nos asista. Cuerpo docente, estudiantes, autoridades y trabajadores renovamos así nuestra fe en Cristo y reafirmamos nuestro compromiso con el quehacer científico, reconociéndonos como institución que forma parte de la Iglesia y como casa de educación superior que debe contribuir a señalar el rumbo histórico de nuestra patria.

Todo inicio de un año académico es, importante. Empero, el que hoy celebramos posee notas especiales. Cumplimos ochenta años de vida institucional, período que si bien es reducido al compararse con los

siglos que la institución universitaria tiene en el Perú o el milenio que nos separa de su nacimiento en Europa, nos afirma, sin embargo, como la primera universidad privada del país que, en un medio caracterizado por la rápida erosión de sus instituciones y en el que los organismos sociales tienden a ser trágicamente falsificados, lejos de debilitarse, ofrece una historia de continuo desarrollo manteniendo fidelidad a nuestra esencia singular: el cultivo de la ciencia, la preservación, difusión y creación de la cultura en permanente y reflexivo diálogo con la fe. Nuestra comunidad universitaria se ha elevado a la altura que el cumplimiento de su misión le exige y ha velado con diligencia y responsabilidad ejemplares por conservar la identidad y calidad de nuestra institución, ello cuando todo en el Perú --el descuido de los gobernantes y la propia inconciencia de algunos profesores y estudiantes ganados por una irresponsable caricatura de la sana política-- conspiraba para que la educación superior declinara e incumpliera sus fines.

Cinco generaciones de profesores y estudiantes ha formado la universidad en estos ochenta años. Cinco generaciones que conforman en su tramado la vigencia histórica de nuestra casa, generaciones que --coexistiendo algunas-- brindan un sello singular a la Católica: el de la

continuidad y el diálogo suscitado entre quienes, siendo ayer alumnos, hoy convertidos en maestros, reflexionan en comunidad con sus antiguos mentores.

La PUCP ha sido, pues, ejemplo de constancia, y ello explica por qué --frente al creciente deterioro del entorno-- ella no solo se haya afirmado sino que también haya crecido y madurado. Su lealtad a los principios que la inspiran no se ha expresado en formulaciones retóricas que aspiran por reiteración a legitimarse como realidad. El transcurso del tiempo ha servido para testimoniar con resultados macizos que hemos avanzado más allá de las palabras. Los valores y, en consecuencia con ellos, las acciones que, desde su fundación en el año 17 por el Padre Jorge Dintilhac, se establecieron y desarrollaron han ido construyendo un pasado de entrega y dignidad que nos enorgullece. Los principios permanentes que anidan en la esencia misma de la universidad como institución milenaria y que, en el caso de una Universidad Católica, hallan un suplemento trascendente de sentido en el mensaje cristiano, no sólo fueron postulaciones teóricas que una vez formuladas cayeron en el olvido. Presentes como causa final del quehacer comunitario, brindaron un horizonte anterior y superior a

nuestra misión. Avanzamos así en el tiempo cumpliendo la tarea de cubrir la distancia que separa la vida concreta de toda institución --su ser más propio en el aquí y el ahora-- de ese deber-ser señalado en forma inequívoca desde los comienzos, para brindar racionalidad y sentido a la tarea cotidiana. El transitar este camino acotó para nosotros lo que válidamente podríamos llamar un *ethos académico* que se convirtió en la textura misma de nuestra vida institucional y que fue entregando frutos que hoy la memoria agradecida recoge.

Nuestro compromiso como Universidad Católica desde los inicios determinó obligaciones frente a las personas y frente al país.

El compromiso personal surge de la convicción de que la universidad, como afirma Jorge Guillermo Leguía, no es una especie de aduana a la que los estudiantes, con actitud de comerciantes, acuden a certificar su mercadería a fin de visar sus conocimientos, pues ninguna nostalgia de las aulas siente quien con esta actitud lleva bajo el brazo el título profesional.

Creemos firmemente que una de las misiones básicas de la

Universidad, y más aún de la Universidad Católica, es la formación personal de la juventud. No frialdad de empresa, sino calor de hogar debe caracterizar al claustro, pues no otra cosa requiere el estudiante en el período de su existencia que va a desarrollar entre nosotros; el paso de la adolescencia a los años jóvenes de la madurez no nos puede ser indiferente y por ello debemos preocuparnos de que la experiencia universitaria sea integral y no quede reducida a lo meramente profesional.

No podemos olvidar que nuestra relación con los jóvenes no puede expresarse por medio de miradas de desconfianza y sospecha porque son diferentes a nosotros, ni menos podemos asumir frente a ellos actitudes moralizantes, paternalistas o autoritarias.

En el relato evangélico llamado del "joven rico", nos lo recuerda Monseñor Alejandro Goic, teólogo chileno: "Hay una mirada que marca la diferencia fundamental y que está en el origen de cuanto los cristianos podemos decir y hacer junto a los jóvenes: es Jesús que los mira con amor."

Y este respeto por los jóvenes obliga a la Universidad a resaltar el plano formativo, que, hemos dicho, debe ser integral o tender a serlo, y que abarca por igual lo cognoscitivo, lo afectivo, lo cultural, lo espiritual trascendente y lo social. Nuestras aulas son lugares en que estudiantes de diversos sectores sociales y culturales se encuentran, se relacionan, aprenden a organizarse y, lo que es muy importante, encuentran -deben encontrar- una disposición del profesor para el trato personal, relación ésta que enriquece a uno y a otro porque los convierte en maestro y persona diferenciada, irreductible a ser considerado anónimo integrante de una masa o, lo que es peor, fría cifra codiciada.

En los terrenos en los que se despliega la relación éticamente vinculante entre nuestra universidad y la sociedad y el país, creemos sin soberbia que hemos asimismo cumplido. Lo hemos hecho ante todo logrando por nuestra calidad académica y moral el que nuestra voz pueda levantarse sonora y legítima para pronunciarse sobre los temas y problemas fundamentales de la patria, pero lo hemos hecho también de un modo más inaparente, mas sin duda también efectivo, en el terreno de las acciones concretas que, más allá de nuestro recinto, hemos cumplido en beneficio de quienes requirieron nuestro apoyo y

colaboración. No es, sin embargo, finalmente la acción directa de la PUCP la que debiéramos resaltar en este punto, sino más bien su presencia indirecta en la vida peruana a través de sus ex-alumnos, quienes han sido en buena medida protagonistas del quehacer nacional en los campos de la ciencia, el arte, la cultura, la política, para no mencionar sino algunas líneas de fuerza en la vida social.

Lo que hemos señalado, si bien genera en nosotros legítimo orgullo, nos obliga también, a la luz del momento histórico que hoy nos toca vivir, a renovar la reflexión sobre la esencia, fines y funciones de la institución universitaria, pues de algún modo se ha puesto en entredicho la justificación misma de nuestro quehacer. En la situación presente, no ha faltado quien ha calificado a la Universidad de tradicional, dando a entender que hemos perdido relación con la realidad, no solo del Perú, sino del mundo, y que los avances de la ciencia, la profesionalización y la tecnología -para nada mencionan la cultura- nos han sobrepasado, nos han dejado atrás.

Al llegar a nuestros ochenta años, ¿cómo negar que somos una institución tradicional? Lo somos, pero no por lo que se señala, sino por

nuestra raigambre en el cauce central de la historia contemporánea del país, por nutrirnos de su pasado, de su cultura y de los valores milenarios y universales del Cristianismo, siempre renovados, siempre vigentes, que constituyen el elemento vital que confiere densidad a nuestro cotidiano quehacer.

Por esto mismo, porque somos tradicionales, tenemos perfecta conciencia de que la tradición no es cosa del pasado. Día a día se constituye, incorporando al acervo común, de modo crítico y reflexivo, los avances del arte, del conocimiento, de las ciencias y de sus prolongaciones permanentes: la tecnología.

Somos pasado y ello nos permite comprender el momento que vivimos. Sin embargo, esta comprensión no puede ser cabal si no se hace desde el futuro. En él hallamos el momento desde el que el recuento del pasado cobra sentido y la orientación del presente hacia lo que se atisba como posible aún se puede realizar.

La historia, en verdad, es algo más que el mero registro de lo acontecido; su dimensión primera es lo que ha de advenir y que, por

ello, modela el presente, que una vez transcurrido se fija de una vez y para siempre en lo que fue, campo más fértil para la memoria, que para la imaginación y la inteligencia. Por eso una tarea fundamental es pensar desde el futuro la Universidad. Poner el deber ser por delante y trazar los caminos que desde aquí y ahora nos conduzcan siempre hacia la consecución de ese ideal.

Porque la Universidad no es institución que vive en espléndido aislamiento sino que está inmersa en la vida de la comunidad a la que le es imprescindible, recibe las consecuencias de las transformaciones que experimenta la sociedad contemporánea. Es muy claro que asistimos hoy a profundos cambios en la vida del hombre. Todo lleva a pensar que las coordenadas del tiempo y del espacio que dieron sustento a una determinada visión del mundo se han modificado. En un momento de radicalización de la racionalidad occidental, el ideal baconiano que nos prometía el dominio no cuestionado de lo real, poniendo en obra el proyecto matemático que animó a la modernidad, se ha expresado de modo tal que da la impresión que la vastedad del espacio se halla condensada y representada en la imagen que de él nos dan los procesos telemáticos. Por su lado, el tiempo, y con él el

largo plazo, parecen estar sometidos a la primacía del instante, reduciéndose el tiempo histórico a la fugacidad.

De otra parte, el insospechado desarrollo de procesos tecnológicos que se reclaman de una ciencia triunfante, modelan un universo aparentemente compartido por todos, en el que la información sin límites se transmite sin discriminaciones. Vivimos, se afirma, en un proceso planetario en el que lo diverso se unifica y la representación de las cosas asume de pleno derecho el lugar de la misma realidad. Aldea global la llamó Mc Luhan. Mundialización, globalización, sociedad de la información son otros epígrafes que rotulan un nuevo modo de ser en el mundo, cuyos criterios para valorar al hombre, la cultura, la naturaleza no son otros que los de la utilidad y el consumo. Pragmatismo y hedonismo. Epoca de la fungibilidad y la sustitución, pareciera que nada posee ya valor intrínseco, que todo es intercambiable o desechable.

La oculta voluntad de poder que anunció Nietzsche se deja entrever como el signo que ha de marcar nuestra existencia histórica, en la que lo virtual se confunde con lo real, y la pericia y el manejo de las puras representaciones eleva a los mediadores y a las mediaciones

por sobre aquello que relacionan.

La alegoría del viejo Platón bien podría haberse escrito hoy: pareciera que no hay más mundo que el de la caverna y sus apariencias; consecuentemente, se vendería como sabiduría la habilidad del obnubilado prisionero que, maestro en distinguir mejor que otros las sombras que se proyectan en el fondo de ella, ha sin embargo olvidado la *Paideia* -como transformación del alma- que puede conducirlo al mundo real exterior. Estas concepciones afectan la comprensión de la existencia de cada hombre, entendido como ser personal, autónomo y responsable del proyecto de su propio existir y se extienden, también, a la vida intersubjetiva, lo que concierne indefectiblemente a la irrenunciable dimensión de nuestra sociabilidad.

Confirmados sus errores por el tiempo y la terca realidad, nos ha tocado ser testigos del desvanecimiento de una ideología convencida de su inmovilidad, que erigió sus principios en leyes de la historia y fundamento de la ciencia y que nos ofreció, al precio de la lucha de clases y la dictadura del proletariado, el cumplimiento total de su inexorable destino en un paraíso irónicamente caracterizado por valores

de humanidad e igualdad. En su reemplazo ha emergido otra ideología que se pretende dominante, de signo contrario, pero que -otra vez la ironía- sienta su punto de partida en la aceptación acrítica de la muerte de las ideologías. Supone ella la sustitución de la violencia como motor de la historia por el mercado y sus leyes, que se postulan naturales. A partir de la exaltación de la libertad individual, favorecida por las innumerables ventajas tecnológicas, esta concepción ha elegido como *via regia* para la comprensión de la vida social el factor económico. Este economicismo, que olvida las raíces humanísticas de la ciencia de la que se pretende vástago y que desea desarrollar, traduce de manera reductiva todo asunto al único lenguaje de los negocios y hace del mercado el único y posible escenario en el que puede representarse el drama épico de la existencia humana. Es allí, en el mercado, concebido de modo simplista y por ende errado, en su presunta irrestricta libertad, en sus leyes que se piensan sabias y justas *per se*, donde se disuelve la persona humana, donde se juzga su conducta, de donde surgen los valores --o anti-valores-- con los que se pretende constituir la era del neoliberalismo.

En nombre de la eficacia y la competencia propias de la vida

empresarial y con agresividad característica de la autosuficiencia, estos profetas de la nueva ideología no han reparado que el espíritu que los anima y en nombre del cual nos ofrecen estas concepciones tan simplistas del hombre, del mundo y de la historia, es el mismo espíritu positivista que reifica el mundo y que sustentó lo esencial de las teorías marxistas.

A decir verdad, ambas concepciones privilegian el factor económico en desmedro de una concepción integral del hombre. Ambas, cual caras de Jano, nos ofrecen un paraíso al final de la historia -el de los trabajadores, el marxismo; el construido por la sabiduría del mercado, el neoliberalismo-, en nombre del cual se ha de sacrificar la justicia del presente por la perfección del futuro. Se trata, ni más ni menos, de formas del materialismo, que al reducir el mundo a la dimensión única de lo económico, desconocen la complejidad de las realidades y, sobre todo, la de esa realidad enigmática que es el hombre.

Como ha ocurrido con ideologías anteriores, el neoliberalismo ha llegado a nosotros con retraso y más simplificado aún. Avalado en los

hechos al introducir coherencia en el desbocado proceso económico nacional, dominante como es y pragmático, no le basta la prédica, sino que pretende penetrar todos los ámbitos de la vida nacional. La educación, entre ellos.

Probablemente motivadas por buenas intenciones de promover un sector de la actividad social tradicionalmente relegado, han aparecido normas que establecen una ecuación en la que centro educativo es equiparado a empresa comercial, finalidad formativa a ganancia de utilidades y vocación docente a servicio laboral y percepción de un salario. La condición de alumno es vista como la situación de un cliente que acude para la prestación de un servicio más; la formación integral reducida a la instrucción especializada. Y se corre el riesgo de subordinar la investigación científica, de por sí desinteresada por que busca la verdad, en sucesión de contratos que no tienen otra finalidad que utilizar las conquistas de la ciencia en la consolidación de los negocios.

En otro plano estas normas suponen la destrucción de la noción de comunidad universitaria, al erigir al dueño o a quien éste designe en

autoridad o jefe de la empresa educativa, sin que asista derecho alguno a profesores y estudiantes a participar en la configuración del destino de la vida institucional.

Podríamos, en verdad, decir mucho más sobre estos temas. Sin embargo, considero de mayor importancia en esta efeméride ritual de renovación y júbilo reafirmar el ideal de nuestros fundadores. Reiterar por tanto nuestra naturaleza que nos conforma como comunidad *viva*, pensante, auto-crítica, alerta a las circunstancias históricas. Hogar de la inteligencia y del discernimiento, que por tanto sabe discriminar entre medios y fines. Reconocedora permanente de las ideologías dentro de la vida social, pero sabedora también de la ilusión totalizante que anida en cada una de ellas. Prestos a asumir las conquistas magníficas de la modernidad para usarlas como adecuados instrumentos en vistas de un fin superior, no renunciando por tanto a la libertad que nos permite decir *no* a todo aquello que amenaza nuestra condición de seres espirituales en los que Dios ha dejado su más clara impronta.

Renovemos, pues, nuestro optimismo en la marcha de la ciencia que busca la verdad. Respondamos con desprendimiento y con

inteligencia a los jóvenes que, esperanzados, acuden a nuestros claustros. Sirvamos con denuedo a nuestro país para que él se desarrolle y pueda vivir en plenitud los valores de la paz, la solidaridad y la justicia. Dispongámonos a ser ejemplo en la búsqueda de respuestas a la sed de infinito por la que la realidad, a través del hombre, aspira a Dios. Entreguemos, finalmente, agradecidos nuestra comprometida acción a la mayor gloria del Señor que, amoroso, desde hace ocho décadas vela por nosotros.

Sean estos propósitos los que tracen nuestro derrotero en el año que se inicia y que, le ruego, eminentísimo Señor Cardenal, Arzobispo de Lima, Primado del Perú y Gran Canciller de la Universidad, declare inaugurado.

Muchas Gracias